



Vista general del Aspe y Llena de la Garganta

TEXTO Y FOTOS



Diego Durán (1996)

Extremeño de nacimiento y navarro de adopción, después de cursar estudios de gestión de patrimonio, el Pirineo se ha convertido en su fuente de vida. Allí es donde desarrolla todas sus pasiones: alpinismo, escalada, fotografía, escritura, naturaleza y cultura rural.

PIRINEO BEARNÉS

EL PLACER DE UNA MONTAÑA VIVA, LENTA Y PLENA

La travesía de dos días por el Pirineo que presentamos a continuación invita, por un lado, a disfrutar de manera consciente del paisaje y el paisanaje, así como de la flora y la fauna de esta cordillera y, por otro, a alejarse de los itinerarios más frecuentados y exigentes con el fin de mejorar la calidad de la experiencia.

Se trata de una ruta circular, sencilla y relativamente asequible, que puede completarse en dos jornadas. El recorrido se inicia en Sansanet (Francia), tiene

una longitud de alrededor de 28 kilómetros con 2800 metros de desnivel acumulado y cuenta con algunos tramos poco señalizados. Su trazado discurre

entre el GR 11 y la Alta Ruta Pirenaica (o HRP) coincidiendo parcialmente con la popular marcha de los tres ibones (Acherito, Arlet y Estanés).

PRIMER DÍA

Atravesando la muga por Somport, alcanzamos Francia y la vertiente norte del Pirineo. Contra el cielo y a nuestras espaldas se recortan las siluetas del Aspe y de las cimas que le acompañan. A pesar de lo avanzado del verano, sus laderas todavía lucen algunos neveros.

Iniciamos la marcha en Sansanet (798 m), en el Valle d'Aspe, desde donde ascendemos hasta el ibón de Estanés, pasando en muy poco tiempo del hayedo a los pastos. Hay familias, grupos de montaña y numerosos excursionistas. La mayoría descansa a orillas del ibón, junto a las vacas. Nosotros, tras un breve picoteo, decidimos rodearlo por el flanco derecho porque, a pesar de ser pedregoso e incómodo, resulta más corto que el izquierdo.

Tras franquear el puerto de Escalé (1665 m), descendemos al que constituye uno de los paisajes más espectaculares de todo el Pirineo: Aguas Tuertas. Los cencerros y el viento nos acompañan pendiente abajo, a lo largo de la serpiente roja del Aragón-Subordán en la que se abrevan vacas y potros. Nos refrescamos en un pequeño torrente de agua con el propósito de aliviarnos del bochorno que anuncia la inminente lluvia.

Hay familias, grupos de montaña y numerosos excursionistas

A medida que avanzamos, el silencio comienza a imponerse. Nos acercamos a la margen derecha de la planicie y, a continuación, entre nubes de tormenta, ganamos altura siguiendo las marcas de pintura roja hasta alcanzar el collado de Arlet (2095 m), por donde regresamos a Francia. La panorámica quita el aliento. De entre el mar de nubes que se extiende frente a nosotros emergen, al fondo, el Midi y, en primer plano, semioculto entre la niebla, el Lac d'Arlet. Después de admirar el paisaje en el que en breve nos sumergiremos, salvamos los 170 metros que nos separan del Pic d'Aillary (2272 m), una pequeña cima fronteriza en la que



soportamos estoicamente las primeras acometidas de la lluvia.

Al cruzar la muga, todo se vuelve más salvaje y, a la vez, más doméstico. El monte se muestra vivo, huele a estiércol, hay barro, suenan esquilas por todas partes. Los gritos del pastor cortan el viento y organizan al rebaño que se mueve como una marejada de espuma blanca entre verdes pastos.

Bastan un par de ojos y un poco de atención para ser conscientes de la museificación que, poco a poco, están sufriendo algunas áreas naturales con el estricto objetivo de mantenerlas intactas. Se trata, a veces, de praderas alpinas o pastos na-

turales que se mantienen tal cual, gracias a la secular labor de los pastores, pastoras, vacas, ovejas, caballos, cabras y otros rebaños que antaño poblaban el Pirineo.

La mitad francesa de la cordillera nos enseña que, durante siglos, el pastoreo ha posibilitado la protección del medio natural y, simultáneamente, su uso sostenible. Esta estrategia hace de la montaña un lugar, un paisaje en el que echar raíces, en el que desarrollar una vida personal y laboral. Por otra parte, la ganadería extensiva ha dibujado y balizado los paisajes a través de lo que para algunos no deja de ser una reliquia del pasado: la toponimia. Como señala

Valle de Aguas Tuertas





Ibón de Estanés

Marc Badal en un ensayo titulado *Vidas a la intemperie*, las personas que habitan y trabajan el territorio son las que lo han bautizado, por ese motivo, ser paisano significa saber identificar los rincones y elementos del paisaje. Los valles que cruzamos, los collados que hollamos, las bordas en las que nos refugiamos, los puentes que salvan ríos, los ríos que surcan hondonadas, cimas, bosques, prados, caminos y sendas... Llamarlos por su nombre es la base de cualquier sentimiento de pertenencia. Sólo cuando alguien conoce algo puede enamorarse y albergar la voluntad de cuidarlo, por eso estas mon-

tañas merecen seguir siendo habitadas, cuidadas y trabajadas por sus pobladores.

Sólo cuando alguien conoce algo puede enamorarse y albergar la voluntad de cuidarlo

Después de una ronda de fotos en la cima y antes de que estalle la tormenta, descendemos a buen paso hacia el lugar en el que tenemos previsto acampar. El acogedor refugio de Arlet (1994 m) nos

recibe en plena sobremesa. Para acabar la jornada, y antes de retirarnos, solicitamos medio litro de vino tinto y un par de trozos de *gâteau maison*. La hija de la guarda sirve el vino en tres vasitos y el bizcocho con un poco de crema inglesa para acompañar, una excusa perfecta para charlar largo y tendido. Aún no lo sabemos, pero nos espera una noche de lluvia torrencial.

SEGUNDO DÍA

Amanece y el sol, muy tímido, se cuela entre la niebla. Hace frío, era lo anunciado, así que tomamos algo caliente y comenzamos a descender tranquilamente entre pastos buscando el col de Lapachouaou y después el de Arrouy sin apartarnos del trazado de la Alta Ruta Pirenaica.

La senda se encuentra rodeada de bordas pastoriles que durante los meses estivales bullen de actividad. Los cerdos devoran el suero que los ganaderos viejos y jóvenes han depositado en los accesos de cada cabana. Los carteles que informan de que nos encontramos en el Parc National des Pyrénées no solo indican distancias y destinos, también anuncian la *vente de fromage en cabane*. Los productores venden direc-

Cabane Grosse



tamente el resultado de su trabajo a todo aquel que se atreve a alejarse del camino decidido a olvidarse del tiempo y el cronómetro. Compramos un par de cuñas de queso curado de kilómetro cero a 20€ el kilo. Procede de la leche de las ovejas que pastan por los alrededores, leche que ya está siendo procesada en las cubas de cuajar que observamos a nuestro alrededor y que, al cabo de unos meses, acabará convertida en el manjar que acabamos de adquirir.

Una vez alcanzado el collado de Arrouy, el camino serpentea hasta llegar a la cabaña Grosse (1630 m). El descenso, cómodo y sencillo, atraviesa los bosques de Espelunguere. Puestos a elegir entre un bosque virgen, primigenio y silencioso, o uno lleno de ovejas, nos quedamos con el segundo porque la pureza es completamente inútil si excluimos a las personas y a los animales.

La senda se encuentra rodeada de bordas pastoriles que durante los meses estivales bullen de actividad

Camino adelante, realizamos numerosas paradas tanto para probar el queso que cargamos en nuestras mochilas como para recoger una hierba llamada sanjuanera (*Hypericum perforatum*) con la que más tarde elaboraremos aceite. Así regresamos a Sansanet, el lugar del que salimos ayer. El recorrido, a pesar de su brevedad, nos ha permitido comprobar que si nos alejamos de las grandes cimas del Pirineo, podemos encontrar parajes poco transitados que nos revelan unas montañas mucho más vivas de lo que creemos. Unas montañas pobladas por personas que las siguen habitando, nombrando, amando, cuidando, para delicia de los que sólo podemos permitirnos visitarlas ocasionalmente.

CONCLUSIÓN

Hace tiempo, cuando me acercaba a las montañas para admirar su verde belleza, lo que perseguía implícitamente eran paisajes puros, intactos o sin transformar por la mano del hombre. Sin darme cuenta es-



Bosques de Espelunguere

taba omitiendo o negándome a reconocer la verdadera naturaleza de las mismas, el resultado de tantas y tantas vidas humanas encarnadas en la tierra y el agua, el sol y la nieve. Vidas antiguas y recientes que durante siglos las habían ido moldeando para satisfacer sus necesidades con el sutil respeto y cariño que una vida de barro solo puede profesar a su mundo. Ahora, sin embargo, me acerco a ellas buscando lo que antes ignoraba y ahora me emociona o impulsa a soñar, con la esperanza puesta en un futuro mejor, más consciente y más enraizado en sus pueblos vivos, llenos de sonidos y aromas, de ritos y fiestas, de romerías, costumbres, canciones y leyendas.

Unos pueblos despiertos, sensibles y empoderados; unas montañas que también son personas, además de tierra y agua, además de sol y nieve.

Regreso a Sansanet

